

## Los niños bonitos-Úmetzopolitak



María Belén Castelreix



Agustín y Ramón Galende Valladolid



Marichu Bastida



Antoñilo González

La persecución del galán, la estudiada y fingida resistencia de la dama; la explosión del «te quiero» «te idolatro»; el ciólogo apasionado e inacabable de los amantes, las miradas ardientes, los hondos suspiros; todo el ardoroso preámbulo, el prólogo incandescente, se desenlaza en la unión matrimonial, antes indisoluble, ahora soluble.

Las consecuencias de aquella mútua atracción de aquel grito recíproco de la especie, son la venida al mundo sensible de estos arrapiezos, de estos retoños adorables, de estos chavalillos, rubios y morenos, que en la primera etapa de su vida se agarran a la teta con ejemplar constancia y lloran más que Jeremías; luego, se ponen en pie y, como Lázaro, andan; después se llanan de tinta las manos en la escuela y tiran del rabo al pacífico gato de su casa y al de las ajenas; últimamente aprenden la regla de tres y los verbos irregulares y ya están en condiciones de ser concejales del Ayuntamiento de su pueblo o de pertenecer al Sindicato de las Artes Blancas.

Muñecos peciosos fiex, cuando rien, cuando lloran, cuando cogen una rabijeta, cuando meten los dedos en la sepa y los pies en los charcos; mañana serán hombres y mujeres, hechos y derechos, actores de la lucha cruenta de la vida.

Los padres quisieran detener el tiempo; ver o sus vástagos siempre en ese período de inocencia, que es de felicidad, aunque inconsciente; pero el tiempo vuela y la sociedad tan ricamente preparada la estancia de los seres humanos en el planeta, que a los niños de fiex les espera, cruel, una sucesión de amarguras y desastres. Si las tiernas criaturas se diesen cuenta de lo que les espera a



María Teresa Arocena



Ignacio y María Milagros Ecenarco



Alicia Mathieu

la vuelta de la esquina, se dirían: ¡yo no quiero ser adulto!... pero, jamigo de Dios! pasa todo lo contrario. Los adolescentes quieren ser hombres ¿para qué? Para fumar delante los papás, para acostarse a media noche y para tener novia. Las niñas quieren ser jóvenes para dejarse melena, pintarse los labios y entablar relaciones amorosas.

Pues que ruede el mundo traidor en el piélagu inmenso. Mientras, hombres apenados y mujeres tristes, detened un momento vuestra mirada en esta página dedicada a todos los niños de la villa; y si queréis saber algo de la psicología de estos mocosos, leed, entre otros especialistas a Edmundo de Arincis en «Corazón»; a Benito Pérez Galdós, en «Miau», «La Desheredada», Fortunata y Jacinta» y tantas otras; y a Jacinto Benavente, en su «Teatro para los niños», etcétera.



Gerardo Ochofloreña